

NOTA SOBRE SABATO

Hace siete años apareció en nuestro medio un libro de ensayos con un título hábilmente elegido: *Uno y el Universo*. Desde entonces admiraríamos en el autor esta habilidad para elegir los títulos de sus obras. En el prólogo-advertencia aseguraba Sabato que las reflexiones que su libro recogía no eran producto de la vaga contemplación del mundo sino entes hallados en el camino hacia sí mismo. Y añadía: "Uno se embarca hacia tierras lejanas, o busca el conocimiento de los hombres, o indaga la naturaleza, o busca a Dios; después se advierte que el fantasma que se perseguía era Uno-Mismo". Esta carta de presentación de Sabato ante el gran público tenía el mérito de la honradez, y ella nos colocó desde un principio en una perspectiva segura para sorprender el eje tutelar de su obra. Búsqueda-Confesión de una búsqueda.

En *Uno y el universo*, Sabato jugaba un poco con las ideas, pero se advertía ya que era un juego fundido a alta tensión. Era acaso una manera de simular el dramatismo del esquema confesional que alentaba en lo más hondo. Desde San Agustín en adelante, hasta André Gide, la confesión literaria ha contado con la complicidad (ya que no siempre con la simpatía) de un número más o menos abundante de lectores. Estos lectores suelen ser equívocos en una proporción mayor a la que de hecho lo son buena parte de los lectores comunes, pero existen, y contribuyen a la difusión y al éxito de un autor determinado. El que Sabato haya entrado con su obra primigenia por la ancha puerta del éxito, y el que éste le acompañe hasta ahora no debe achacarse naturalmente sólo a la dudosa complicidad de esa fauna equívoca, pero conviene señalar el fenómeno en su justa proporción.

Una inteligencia despierta y una actitud cálidamente cordial revelaba el articulista de *Sur* en aquel su primer libro de ensayos.

Tres años después vino *El Túnel*. Es una experiencia interesante confesarse en una novela. Y una experiencia difícil, máxime cuando el protagonista o los personajes que ocultan al autor están pensados con una estructura psíquica distinta a la

de aquél. Entonces se produce una fractura que da lugar a una probable incoherencia, y por este camino, a la falsedad de tales personajes. Hablemos del protagonista de El Túnel. Juan Pablo Castel es un ser contradictorio. Es introspectivo, solitario. Afirma en un pasaje: "mi soledad no me asusta, es casi olímpica". Sin embargo, toda la novela no es sino el proceso de un intento desesperado por romper el cerco de la propia soledad. El Túnel plantea en la desesperación de el protagonista el problema de la soledad absoluta, irrevocable del hombre. La aparición de una mujer parece tender un puente al túnel gelatinoso de su existencia; pero no es más que una ilusión. Ella pertenece al ancho mundo de los que no viven en cavernas comunicables, y cuando él lo comprueba, decide su muerte y se lo anuncia con marcado laconismo. "—Tengo que matarte, María— Me has dejado solo". Antes de este desenlace ha tenido lugar un descabellado romance en el que no sabemos si desconcertarnos más por la compulsiva manera de imponer el amor el protagonista, a fuerza de sacudones, gritos y corridas, o la amorfa pasividad de María Iribarne. Hay también maridos ciegos y primos únicos como en los buenos melodramas, y un afán de unicidad tan exacerbado en el amor de Castel que la única explicación lógica y psicológica posible de la muerte de su amante son los celos. (Lo cual no tiene mucho que ver con el problema de la soledad incurable del alma).

El pintor Juan Pablo Castel decide relatar los antecedentes de su crimen. Mersault, en El extranjero, hace otro tanto y Camus consiguió con ello un acierto memorable. Pero Castel no es Mersault. A éste le acontecen las cosas; está inmerso en ellas, no así a Castel que es un intelectual introspectivo, analítico, metódico y de una sensibilidad aguzada al extremo. Mientras narra la historia de su homicidio tiene tiempo de hacer observaciones dignas del mejor ensayista: desde la modestia de Einstein al significado de la limosna, de los críticos de arte a la novela policial. Aquí habla, naturalmente, Sábato, y habla a destiempo, porque Sábato no es Castel, a pesar de lo cual ambos conviven a lo largo de la novela, se interfieren, se superponen, y necesariamente, se contradicen. No es la conciencia seccionada del protagonista: son dos conciencias diferentes que luchan por sintetizarse en una conciencia única. Mientras el autor no consiga desalojarse o desalojar a la criatura de su imaginación, ninguno de los dos puede tener vida coherente, y esta es la advertencia que deseamos hacer a Sábato, caso de que decida insistir en el género novelístico. Nosotros nos hemos querido explicar la falsedad del protagonista de El Túnel, a partir de esa incoherencia. Lo que no podemos explicarnos es

que deje de advertirse esa falsedad. Opinamos en su tiempo que *El Túnel* era una novela mediocre, malograda, y hoy, sin ánimo de pasar por iconoclastas frente a los juicios elogiosos de los críticos y escritores, especialmente extranjeros, mantenemos la misma opinión.

La manía justificatoria de Juan Pablo Castel reaparece en el tercero y último de los libros de Sabato: *Hombres y Engranajes*. También esta obra participa del carácter confesional de los anteriores y mejor que los anteriores consigue transmitir un afiebrado calor de confesión. De "autobiografía espiritual" la calificó su autor, o de "diario de una crisis a la vez personal y universal" y hay que convenir en este caso que la confesión, cálida, dolorida, brillantemente expresada constituye el más noble mérito del libro. Con todo, acaso por simple ley de compensaciones, como la clave de los aciertos suele ser la misma de los errores, los errores se deben precisamente al tono confesional.

El autor se encuentra ante un problema de extraordinaria complejidad y de urgente solución, como que se trata del problema del destino del hombre inmerso en un mundo que amenaza derrumbarse... El cree llegada la hora de realizar un balance que, por ser de índole tan general, necesita apoyarse en muchísimos balances parciales hechos por otros hombres sobre los distintos aspectos del problema. Así los balances sobre el Renacimiento, el Dinero, la Razón, el Maquinismo, etc. El autor espiga con inteligencia y don de síntesis los estudios parciales que convienen a la organización de su trabajo (pese a que no pretende ser sistemático), declarando con citas oportunas las fuentes de origen, pero, y aquí señalamos el primer error, omitiendo lamentablemente algunos de importancia (Von Martin, por ejemplo) y olvidando colocar entre comillas afirmaciones deslumbrantes que asombran al lector desprevenido, como ésta: "el desnudo como la muerte, es democrático" que no le pertenece. Omisiones que atribuimos buenamente al calor emocional empleado en el momento de la redacción.

El segundo error que anotamos es el precipitado final, apurado sin duda por la urgencia de soluciones categóricas, convincente como manifestación íntima de deseos, pero desencajado del contexto y la estructura de la obra. Hay una alternativa para el hombre: Dios o la desesperación; a esto lleva cualquier análisis riguroso llevado a las últimas consecuencias. No hay una tercera posibilidad, un tercer camino. Reconocer que el instinto es más poderoso que la razón es la etapa anterior a todo camino y no un camino de por sí. En esa etapa estaba el hombre en la época de las cavernas y a esa etapa vuelve

cada vez que se pregunta si valía la pena haber salido de ellas, que es lo que nos ocurre actualmente. Podemos decir con Marcel que “la esperanza es tal vez, la tela misma de que nuestra alma está formada”; pero ¿qué podemos esperar de nuestra esperanza? Es cierto que, quiera que no, continuamos viviendo, y que lo hacemos como si fuéramos eternos, pero ¿es esto suficiente para dejar de “pensar sobre la inutilidad de nuestra vida”, para no “empeñarnos en racionalizar también eso, lo más peligrosamente dramático de nuestra existencia”? Es que ¿es en verdad una posición ante el mundo “limitarnos humildemente a seguir nuestro instinto, que nos induce a vivir y trabajar, a tener hijos y criarlos, a ayudar a nuestro semejante”? Sabato afirma que lo es para él. Es envidiable. Ha encontrado la otra salida. A condición de que no descubra tarde o temprano que dicha salida no es sino el punto de separación de dos caminos: Dios o la desesperación. Este optimismo inconsecuente, imprevisible, no está orgánicamente encajado en la estructura de la obra y muy natural que el lector lo rechace como un cuerpo extraño. Cuestión de fisiología.

Una presuntuosa e inofensiva *Metafísica del sexo*, algunos artículos, y una reciente y casera incursión por el género epistolar, completan la bibliografía del escritor argentino que más éxito y expectativa ha concitado en los últimos años.

Muchas lecturas, mucho afán de justificarse, de confesarse en alta voz, calor y brillo en la exposición, inteligencia dúctil a toda sugerencia del mundo externo, grandilocuencia en las actitudes y propósitos, mala memoria y suerte. Tal Ernesto Sabato a través de su obra.

ADOLFO PRIETO